

RETORNA LA PESTE

MICRORRELATOS COVIDIANOS

DAVID DÍAZ ARIAS
ELIZABETH JIMÉNEZ NÚÑEZ
XIMENA MIRANDA GARNIER
IVÁN MOLINA JIMÉNEZ
URIEL QUESADA
ANACRISTINA ROSSI
ARABELLA SALAVERRY
ALÍ VÍQUEZ

CIHAC



RETORNA LA PESTE

MICRORRELATOS
COVIDIANOS

CR863.4

R484 r

Retorna la peste. Microrrelatos covidianos. / David Díaz Arias y otros. 1. edición - San José, Costa Rica. - Universidad de Costa Rica, Vicerrectoría de Investigación: Centro de Investigaciones Históricas de América Central, 2020.

48 p.

26 x 18 cm.

ISBN 978-9968-919-71-5

1. Literatura costarricense. 2. Cuentos. 3. Enfermedades. 4. Díaz Arias, David Gustavo, autor. 5. Jiménez Núñez, Elizabeth, autor. 6. Miranda Garnier, Ximena, autor. 7. Molina Jiménez, Iván, autor. 8. Quesada, Uriel, autor. 9. Rossi, Anacristina, autor. 10. Salaverry, Arabella, autor. 11. Víquez, Alí, autor.

Primera edición: 2020

San José, Costa Rica

© Centro de Investigaciones Históricas de América Central.

© David Díaz Arias, Elizabeth Jiménez Núñez, Ximena Miranda Garnier, Iván Molina Jiménez, Uriel Quesada, Anacristina Rossi, Arabella Salaverry, Alí Víquez.

Diseño de cubierta: Iván Molina Jiménez con base en El triunfo de la muerte (detalle), Pieter Brueghel (el Viejo), c. 1562.

Los personajes, experiencias, entidades, instituciones, eventos, países o situaciones mencionados en este libro, con excepción de la peste, son ficticios o utilizados ficticiamente.

Producido en Costa Rica.

Reservados todos los derechos.

RETORNA LA PESTE

MICRORRELATOS COVIDIANOS

David Díaz Arias
Elizabeth Jiménez Núñez
Ximena Miranda Garnier
Iván Molina Jiménez
Uriel Quesada
Anacristina Rossi
Arabella Salaverry
Alí Viquez

CIHAC



COMISIÓN
INTERAMERICANA DE HISTORIA Y ESTADÍSTICA
CIHAC

Índice

Prólogo	
<i>Flora Ovares Ramírez</i>	1
Sin una lenta agonía	
<i>David Díaz Arias</i>	5
Desierto	
<i>Elizabeth Jiménez Núñez</i>	11
Chang Yi	
<i>Ximena Miranda Garnier</i>	15
El más solitario de los mundos	
<i>Iván Molina Jiménez</i>	21

El elegido	
<i>Uriel Quesada</i>	25
Impensable	
<i>Anacristina Rossi</i>	29
Higiene extrema	
<i>Arabella Salaverry</i>	33
La casa covidiana de Asterión	
<i>Alí Viquez</i>	37

PRÓLOGO

FLORA OVARES RAMÍREZ

Retorna la peste es el título de este libro y así advierte que nos encontramos ante una realidad que nos pone en contacto no solo con el resto de la humanidad sino con la historia, con los que vivieron esta situación antes que nosotros: nos recuerda nuestra condición de seres humanos.

Las situaciones narradas en este libro se leen como la prolongación de un presente vivido en común. Para el lector, los cuentos van más allá de conjeturar una situación futura, ni siquiera recuerdan hechos ya sucedidos: tienen la marca de la inmediatez, están escritos desde el caos, tratan de entenderlo. Cada cuento imagina una respuesta a una situación presente, apremiante, que desconcierta.

Es seguro también que las respuestas de estos ocho escritores costarricenses hablan de temores, fantasmas, obsesiones que van más allá de la reclusión obligada, el temor y el desconcierto que produce una situación inédita. Como decía Daniel Defoe en la conocida frase citada por Albert Camus en *La peste*: “Tan razonable como representar una prisión de cierto género por otra diferente es representar algo que existe realmente por algo que no existe”.

Casi todos estos “microrrelatos covidianos” se sitúan en un futuro catastrófico. Se bosquejan escenarios militarizados, represores, desolados. Las marcas que distinguen a los apestados son la soledad, la obsesión, la intolerancia.

Esa peste que retorna se instala definitivamente en la sociedad costarricense en el cuento “Sin una lenta agonía” de David Díaz Arias. Con ello surgen también la rebeldía y la lucha desesperada y suicida contra el poder insolente. “Impensable”, de Anacristina Rossi, narra el colapso económico, social y moral de los Estados Unidos, sometido por la plaga pero también por los

misimos muros que ha levantado el sistema. La sobrevivencia se paga con la incomunicación más profunda en “El más solitario de los mundos” de Iván Molina Jiménez.

El narrador de “Desierto”, de Elizabeth Jiménez Núñez, ve convertirse el entorno que contempla en un espejo de su propia soledad y desamparo. “El elegido”, de Uriel Quesada, bosqueja con cierto humor un futuro inminente y apocalíptico, a la vez que contrasta el ambiente de muerte y horror de los humanos con la indiferencia (¿el espejismo?) de una naturaleza espléndida.

“Higiene extrema”, de Arabella Salaverry presenta a una protagonista obsesionada por la limpieza de la casa y que por lo tanto descuida con graves consecuencias el precepto: “¡Lavado de manos y lavado de almas!”. “Chang Yi”, de Ximena Miranda Garnier, sigue por los mercados populares de su comarca los pasos de una científica china, quien además logrará descifrar el misterio y descubrirá el origen del virus.

Llegamos al último de los microrrelatos, firmado por Alí Viquez: “La casa covidiana de Asterión”, que como es evidente, rinde

homenaje al cuento de Jorge Luis Borges. El libro se cierra entonces con una puerta hacia la otra realidad convocada como vía de salvación momentánea, de efímero escape a la peste: la literatura.

Todos recordamos cuando, a mediados del siglo XIV, un grupo de diez jóvenes, siete mujeres y tres hombres, huían de la plaga para refugiarse en una villa en las afueras de Florencia. ¿Qué podían hacer para conjurar la amenaza? Pues contarse cuentos de amor y tragedia, de ingenio, exaltar la vida y la alegría en medio del miedo ante la amenaza que pendía sobre ellos.

Pese a las evidentes distancias entre una y otra situación, algo permanece que une a estos narradores con aquel grupo de jóvenes: seguimos unidos como comunidad lectora, seguimos contándonos cuentos, aferrados a la literatura como escudo contra el desconuelo, como vía para romper la incomunicación, como ilusión de permanencia en el mundo que nos desordena, tal vez para siempre, la Peste.

SIN UNA LENTA AGONÍA

DAVID DÍAZ ARIAS

León le hizo una señal a Sophie, quien corrió a toda prisa desde el arbus-to en que se encontraba escondida hasta refugiarse con su compañero detrás de la base del monumento en el Parque Nacional, ahora convertido en una pequeña selva de mozote y yerba mala a falta de trabajadores municipales. Con rapidez, sacó de su mochila la escopeta de aire comprimido y se la pasó al otro e inmediatamente tomó dos pañuelos sucios que traía guindando de la pequeña faja café de sus apretados chores de mezclilla, estornudó sobre ellos, dejando todos los mocos que pudo sobre la tela delgada y se los dio a León. El joven hizo dos bolas con los pañuelos, los

introdujo en el arma y se asomó un poco para divisar a sus enemigos.

A unos cincuenta metros, enfrente de la Biblioteca Nacional, protegidos con mascarillas y guantes y a una distancia prudente que había sido señalada por el medidor de proximidad social, se encontraban los diputados que habían aprobado la reforma constitucional que prohibía el uso de recursos públicos para atender enfermos de COVID-23 y que privatizaba todos los hospitales del país “para un mejor control de las pandemias”.

Hubieran querido sellar la ley por medio de la firma digital, pero, para demostrar que no tenían miedo y reconocer su merecido triunfo, decidieron realizar ese acto, con el que finalmente se lograba el objetivo perseguido por tantos años por la Unión de Cámaras, mediante una reunión al pie del Monumento Nacional. Rompieron de esta manera los protocolos de seguridad establecidos desde marzo del 2020, los cuales, dos

años después, se convirtieron en ley, con la justificación de que las pandemias serían cíclicas, incluyendo esa terrible peste de la protesta social.

León esperó a que los diputados iniciaran el desfile hacia el Monumento, apuntó su arma a una de las caras conocidas que veía y disparó. Los pañuelos salieron volando, regando mocos de Sophie por todas partes, hasta estrellarse contra el rostro del presidente de la Asamblea Legislativa, que gritó como si le acabaran de atravesar el corazón con una lanza, mientras su cara de chanco se partía en llanto al creerse contaminado por el virus.

Apenas escucharon la detonación de la escopeta, un grupo de policías anti-virus, debidamente paramilitarizados, corrió hacia el Monumento Nacional, al tiempo que León y Sophie se daban a la fuga. Dispararon varias rondas de balas de goma: una impactó al muchacho en su pierna derecha y otra le reventó el ojo izquierdo a

su compañera, que, por mala suerte, había volteado a ver a sus perseguidores.

De pronto, de los espesos matorrales del parque salieron jóvenes y viejos que se agruparon en torno de los heridos para parapetarlos. Los termómetros de las armas de los policías se encendieron y alertaron sobre la temperatura de algunas de las personas que formaban esa inesperada resistencia

Regularon entonces los oficiales, pero detrás de ellos apareció “La Bestia”, un camión blindado donado por Donald Trump al nuevo presidente de Costa Rica después de que resultó electo en la controversial elección de febrero del 2022. En cuestión de segundos, la máquina y las fuerzas anti-virus se fueron encima de los moquientos y calenturientos rebeldes, a quienes barrieron como pinos de boliche.

Sophie despertó aturdida en la celda número tres de la Primera Comisaría de la UPAD, con su ojo reventado supurando todavía sangre y agua, y con un gran dolor de

cabeza. Desde una pantalla colocada en el techo, un juez le indicó que era culpable de violar las leyes de distanciamiento social, de agruparse para delinquir, de propagar virus, de sostener relaciones sexuales prematrimoniales, de anarquía y de amenazar la vida del presidente del Primer Poder de la República.

Antes de que el juez pudiera leer la sentencia, la joven se levantó de la cama, miró directamente a la pantalla, levantó el dedo medio de su mano izquierda, escupió sobre él y gritó: “aquí tienen su picha de virus plaga de hijueputas”.

En lo inmediato, el juez y los millones de televidentes que seguían el proceso creyeron que Sophie se había limitado a hacer un gesto obsceno, pero una semana después se descubrió que era portadora de una cepa desconocida, no detectable y particularmente mortífera del coronavirus, como lo aprendieron, a costa de sus vidas, el presidente de la Asamblea Legislativa, los

diputados y diputadas que estaban cerca de él, y los miembros de la Unión de Cámaras que asistieron como invitados de honor al acto en el Parque Nacional. Su agonía fue todo menos lenta.

DESIERTO

ELIZABETH JIMÉNEZ NÚÑEZ

Dediqué parte de mi vida a observar lo inobservable. Mi oficina: la calle. Allí busqué y encontré mis primeros clientes.

Un día —llevaba mucho tiempo sin vender— un tipo de corbata bajó el vidrio de su convertible, me miró fijamente, extendió su mano y me dio un billete mientras que yo le di un pedazo de papel. Volvió días más tarde y me dijo: “Fue su buena suerte. Pegué número y serie”. Meses después pasó una pelirroja, bajó el vidrio de su sedán gris y me estrechó la mano, dándome un billete mientras yo extendía rápidamente el pedacito de papel arrugado. Ella se despidió, diciéndome: “Fue por su mala suerte. Pegué solo el número y no la serie”.

Luego pasó el flaco en bicicleta y me escupió, diciendo: “A la mierda todos”. Supuse que estaba borracho.

Veía desde mi esquina el parque: ¡paraíso inobservable! Algunas mamás quejumbrosas les gritaban a sus hijos: “¡Muévanse!”. Algunas me pedían un número al azar, otros más raros lo dejaban a mi suerte, echaba mano de mi astucia y les ofrecía el número que nadie llevaba, el que me había hecho merecedor de las gotas de saliva del flaco.

Había dedicado mi vida a la venta de lotería, siempre en la esquina del parque inobservable. Comí en la misma soda, sentado en el mismo banco, apoyando mis dos piernas centenares de veces en el suelo.

Cuando inició el 2020 pensé que sería un buen año para un vendedor de lotería. Imaginé la continuación de lo usual: estrecharle la mano a algún compañero de faena, abrazar a doña Flor, ver pasar al flaco en su bicicleta... Sin embargo, las cosas

se vinieron abajo. Y un día, después de mi jornada, caminé setecientos metros cuesta arriba para llegar a mi casa y la pierna no me respondió nunca más. Seguro fue la diabetes. “Mi suerte”, pensé.

Me llevaron al EBAIS y el médico general me vio con las pupilas frías. Un día como cualquier otro, una pierna menos. ¿Amputación? “Su pierna está hecha mierda”, me dijo el doctor. Sentí opresión en el pecho, tos seca, una punzada aguda en el pulmón izquierdo, temperatura, diarrea y cansancio general.

Después del corte, dejé el parque y la lotería. Extrañé el casado de doña Flor, el ruido de los zapatos, los mocosos de escuela, el coro de señoras vendiendo empanadas y algunas palomas grises. Estando en mi silla de ruedas pensé en el señor de corbata en su convertible, en la señora del sedán, en el flaco tirasaliva. Visualicé el parque sin carajillos, sin empanadas y me conmovió el peso de las calles vacías.

Por último sentí compasión por mi propia imagen y volví sobre lo imaginado y el único que faltaba en esa escena era el vendedor de lotería sin pierna. Hasta hace una semana encendí la televisión y vi la imagen del presentador de noticias de las cejas inservibles. El periodista habló sobre un tal COVID-19. Después vi las imágenes desoladas sin parques y sin esquinas. Yo estaba habitando mi propio desierto.

CHANG YI

XIMENA MIRANDA GARNIER

“Hoy por la noche”, respondió a su madre, quien le había preguntado cuándo regresaría a Shanghai. Pronto perderían esa paz, ya lo sabía. Pero por ahora, caminaban pacíficamente por el mercado de Suzhou. Se detuvieron a escoger un pescado. Les iba a quedar delicioso, con aquella famosa receta de la tía Mei Mei. Le pusieron la mirada a uno que bien alcanzaría para cuatro, con los ojos translúcidos y líneas rosadas perfectas en el corte que mostraba los miotomos. Interpretaron los órganos funcionando en el pescado a medio disectar como una señal adicional de frescura, y eso selló la decisión final. “Shie shie ni”, dijo su madre después de negociar el precio y entregar unos yuan.

Mientras caminaban entre los puestos de venta, Chang Yi se sentía nostálgica. Pensaba que nunca se le haría justicia a aquellos mercados pueblerinos que conocía desde niña. Ciertamente, unos no cumplían las mínimas normas de higiene, pero muchos sí lo hacían, y en un rango aceptable hasta para alguien como ella, que trabajaba en el sector de la salud. El sensacionalismo y los prejuicios abundaban en los medios de comunicación colectiva, pero lo cierto era que no se sabía con certeza el origen exacto de este nuevo virus cuyo nombre se conocía poco: SARS-CoV-2. Se mencionaba más la enfermedad que el virus causaba, COVID-19, o simplemente se utilizaba un nombre más genérico: el coronavirus. Relativamente pocas personas fuera de China conocían la realidad de los sitios en que ella había comprado comida segura y sana durante toda su vida, pero el mundo entero parecía señalarlos como culpables.

En esto de las enfermedades emergentes, Chang Yi era un tipo de veterana. Bueno, no

sabía qué le depararían los próximos meses, pero al menos esta vez no planeaba estar en el frente de la batalla atendiendo pacientes, como lo hizo en el 2002. Fue entonces que se dio la epidemia de SARS anterior y para ella resultó horrible, especialmente porque el primer SARS se llevó a varias de sus compañeras de enfermería.

Para Chang Yi, esos diecisiete años no pasaron en vano, y ahora era investigadora. De enfermera había pasado a asistente especializada en cuidados intensivos y con el tiempo fue cambiando las noticias por artículos científicos. Un día, por recomendación de una mentora, aplicó a un programa de doctorado. De ser aceptada, haría investigación justo en lo que claramente era la pasión de su vida. El día que recibió aquella carta de respuesta, se iluminó su mundo y supo que a eso dedicaría el resto de su vida.

Recordaba todo esto mientras almorzaba con su familia, disfrutando de las compras del mercado. “Cuna insalubre de mu-

taciones”, los había llamado aquel profesor ignorante en el periódico. Siempre se sorprendía de la arrogancia de muchos académicos. Para ella, el proceso natural era claro como el agua. Si en algún momento surge una mutación que le permite a un virus saltar de un organismo hospedero a otro, ese cambio es completamente aleatorio. No hay mercado que aumente, por arte de magia, la capacidad de mutación y adaptación de un virus. ¡Jamás!

Sin embargo, a veces se quedaba pensando. ¿Y si este nuevo virus ya había tenido, como a veces se decía, alguna “pre-adaptación”? Si es que alguna cepa de un virus de un animal silvestre casualmente ya tenía la capacidad de infectar humanos, un aumento en la probabilidad de contacto del hospedero con humanos sí podría contribuir con la emergencia de nuevas enfermedades. Y entonces, a veces sí dudaba de sus queridos mercados, pues era un hecho que en ellos confluían grandes cantidades de

humanos con animales de muchas especies diferentes.

Pero. . . ¿qué tan diferente sería eso en comparación con las granjas de otras partes del mundo, en donde también había contacto entre humanos y animales de diversas especies, y con sus virus? Chang Yi seguía dudando y especulando escenarios. En fin, por eso hacía lo que hacía. Quería con todo su ser resolver este misterio. Lo bueno era que ahora que regresara a la universidad, ya tendría completo su juego de datos.

De regreso en Shanghai, analizó los resultados con detenimiento. No había sido fácil recopilar tantas muestras, pues a su edad ya no podía exponerse y dependía de colaboradores que se las enviaran de hospitales y morgues. Los protocolos eran además muy estrictos para no contagiar el virus, lo cual hizo más lento el proceso. Pero, finalmente, había podido secuenciar la información genética de sus muestras.

Valió cada minuto de espera. Ahora tenía un árbol filogenético con las pequeñas variaciones que habían ido surgiendo aleatoriamente en las secuencias del ARN del virus conforme avanzaban las primeras semanas de la epidemia, lo cual le permitía tratar de encontrar su origen. Las muestras provenían de casi quinientos individuos infectados con SARS-CoV-2 en Wuhan entre agosto y noviembre del 2019.

Tuvo uno de esos raros momentos en que los datos son consistentes. La ruta turística del sospechoso principal coincidía con los primeros sitios de contagio. Las muestras provenientes de la cueva que él había visitado para fotografiar murciélagos, mostraban las variantes más similares a las de los primeros infectados. Miró el expediente del paciente cero con una sonrisa agrisada. Mitchell Smith, espeleólogo aficionado, australiano.

EL MÁS SOLITARIO DE LOS MUNDOS

IVÁN MOLINA JIMÉNEZ

La verdad, es que yo tenía un poco de tos, pero al señor presidente no le importó. Insistió, con toda la fuerza de la razón de Estado, en que yo tenía que estar presente en la demostración. Por eso, a las dos de la tarde unos hombres y mujeres de negro me recogieron en la puerta de mi casa, y media hora después iba en un helicóptero, más oscuro que una noche sin estrellas, rumbo a Cambridge, Massachusetts.

Desaparecía la última claridad del día cuando ingresé al Auditorio Kresge, fuertemente custodiado por unidades especiales. Allí se encontraba ya lo más selecto –es decir, los más adinerados– de las dos costas. Saludé con una sonrisa a diestra y siniestra,

mientras me conducían a mi asiento. Antes de que pudiera empezar a bostezar, las luces se apagaron y una joven japonesa subió al escenario, se inclinó levemente con los brazos cruzados detrás de la espalda y dijo:

—Me llamo Tamako Kojima.

Seguidamente, se colocó, en su muñeca izquierda, una delicada pulsera, que parecía de platino. Inmediatamente, tres atléticos representantes del Servicio Secreto trataron de acercarse a la joven, pero, una y otra vez, fueron rechazados.

—La pulsera —explicó Kojima— es un distanciador social. Produce un campo de fuerza que envuelve a la persona que la usa e impide que cualquier ser viviente se aproxime a menos de dos metros. Ahora, con mucho gusto, responderé a sus preguntas.

Mientras la joven confirmaba que el distanciador era efectivo contra balas, virus y bacterias, evitaba incurrir en tecnicismos para aclarar cuál era su fuente de energía y vaticinaba que en menos de tres

meses el setenta y cinco por ciento de los habitantes del planeta tendría uno, en lo único en que yo podía pensar era en que, si sobrevivía a la pandemia, pasaría los últimos años de mi vida en el más solitario de los mundos posibles.

EL ELEGIDO

URIEL QUESADA

Nos quedamos despiertos para esperar el fin del mundo. Un acontecimiento de tal magnitud no se puede tomar a la ligera, menos aun perderselo por quedarse dormido. Sin embargo, muchas veces se había anunciado el fin del mundo sin que pasara nada, si acaso unas lluvias torrenciales o ráfagas de viento que destechaban casas. No será así en esta ocasión. Al menos los innumerables pronósticos, mapas, gráficos y análisis de expertos así lo prometen. Una nube de destrucción pasará cerca de donde nos encontramos y las probabilidades de sobrevivir son prácticamente nulas. Los previos fines del mundo no nos habían vencido. Habíamos sido capaces de recoger los escombros,

levantar de nuevo casas y edificios, hallar (y de inmediato sembrar) comida y rehacer nuestras rutinas e instituciones. Insisto: no será así esta vez. Las autoridades están tan convencidas de la futilidad de cualquier esfuerzo que no nos han urgido a tomar medidas. ¿Para qué almacenar agua y alimentos enlatados? ¿Qué sentido tiene sellar puertas y ventanas, tener a mano velas y linternas, y comprar un radio portátil para informarse cuando ya no haya electricidad? El viento arrancará de cuajo las casas, el agua nos ha de ahogar o envenenar, los rayos producirán incendios masivos. Y no hay lugar dónde huir.

“Ya es hora”, han dicho las autoridades en su mensaje final.

Entonces nos hemos reunido a tomar las últimas botellas de ron y a comer hasta que duela. Nadie habla de recuerdos, mucho menos de proyectos no realizados. En los breves momentos en que la charla se interrumpe podemos escuchar un silencio

peculiar, distinto a cualquier otro silencio, como el que probablemente recorre ese universo que no va a extrañar a este planeta ni a sus habitantes. Pero pasan los días y no hay rayos ni inundaciones ni viento, ni la televisión ni la radio funcionan. Ninguna página de internet que consultamos ha sido actualizada desde la fecha en que se anunció el fin del mundo. Poco después, tampoco hay internet. Cuando el alcohol y el agua embotellada se han acabado, nos miramos con terror: ¿quién va a arriesgarse primero a tomar agua de la cañería? Por miedo, algunos declaran que están listos para morir, de todas maneras la comida ya escasea. Se echan en sus camas y esperan.

“¿Y si salimos?”, propone uno de nosotros cuando el olor a podredumbre de los que esperan morir se ha vuelto insostenible. Las sábanas apestan a sudor y excremento, las llagas en sus cuerpos se han abierto y, como por encanto, se han vuelto nidos de gusanos. ¿Y si salimos? Los demás

no respondemos, pero estamos seguros de que quien tiene esa idea se ha vuelto loco. Entonces tomo la iniciativa, y con mis propias manos mato al disidente. Nadie me detiene, nadie se inmuta. Sin embargo, cuando el cadáver yace en el piso oigo lo que parece ser mi condena: “¿Quién va sacar a los muertos? Si alguien no los saca a la calle, moriremos nosotros también”. Sin dudarlo un segundo, asumo mi castigo. Me echo el cadáver al hombro y con un gesto indico que estoy listo. Nadie me toca, nadie me dirige la palabra. A partir de ahora, yo también soy un apestado.

La puerta se abre, yo doy un suspiro. Afuera hay un hermoso sol, y se ve la brisa mecer suavemente las hojas de los árboles, pero todo debe ser un engaño.

IMPENSABLE

ANACRISTINA ROSSI

En los años ochenta la izquierda tica creía que pronto iba a ocurrir: ningún imperio dura tanto. Pero no había ocurrido y lo que se había derrumbado era el socialismo real, dejando a Estados Unidos al frente del mundo. La China en cambio seguía incólume: su sistema era proteico, evolucionaba. Los gringos la veían por encima del hombro, ¿qué eran esos millones de seres feos e incomprensibles comparados con la potencia más rica y avanzada? Fukuyama anunció el fin de la historia: el capitalismo era eterno y atemporal.

Al empezar el siglo XXI, los gringos eligieron un presidente negro que trató de crear lo que no habían tenido nunca:

un seguro social. Le salió un aguachacha: el Obamacare, pero extendió la cobertura sanitaria. Después de Obama eligieron a Trump: un fanfarrón y un payaso que se cagó en el Obamacare. Como me decía una amiga gringa: “Aquí tenés que estar sano o muerto, enfermarse no es opción”.

Poco después, en China empezó una gripe llamada COVID-19, un virus semi-mortífero de contagio exponencial. China actuó rápido y con mano férrea, y tras alta cantidad de muertos –las cifras reales se ignoran–, en cuatro meses sus mil y pico de millones habían superado la epidemia. Pero se esparció por el mundo y se convirtió en pandemia, y los habitantes de Francia, Italia, España, Suiza, Perú, Ecuador, en fin, de todo el planeta, tuvieron que confinarse para reducir el contagio y dejaron de trabajar. Y por lo tanto de ganar. Muchos murieron, muchos se contagiaron y se curaron y éstos tuvieron lo básico para sobrevivir. El uno por ciento más rico del mundo seguía

consumiendo enloquecido, pero el capitalismo no sobrevive con el uno por ciento, necesita masas. En Costa Rica muchos se enfermaron y muchos murieron, pero los sobrevivientes teníamos maíz, arroz, frijoles, frutas.

Lo raro ocurrió en Estados Unidos. Al comenzar la pandemia, Trump no tomó medidas, solo se rio. Como se había cagado en el Obamacare y la medicina privada era carísima, millones de gringos se contagiaban y morían. El resto se confinó en sus viviendas y no volvió a trabajar. Organizaron pandillas para saquear los supermercados y cuando eso se acabó y ya no pudieron comer ni transgénicos, empezaron a comerse unos a otros. Pero muchos de los cocinados, aderezados y comidos tenían el virus, y los que se alimentaban de ellos se contagiaban. Empresas y comercio quebraron indefinidamente.

Nadie sabe por qué el COVID-19 se dio en Estados Unidos con tal virulencia. Quizás

porque no actuaron a tiempo. O porque no tenían siquiera el Obamacare. Al verse naufragar hicieron esfuerzos desesperados e inútiles. La columna vertebral del sistema gringo: la sociedad de consumo, colapsó. China emergió vital, sonrosada, fuerte y siempre secreta, pero socorrió a Europa, a América Latina, a Australia, al Asia.

Estados Unidos no quiso aceptar esa ayuda y desapareció.

La historia de China es milenaria. Ya había tenido un imperio que se había extinguido: el Imperio Celeste. Dicen que cuando los imperios construyen muros, llegan a su fin. Recordé el muro romano. Y el de Trump.

HIGIENE EXTREMA

ARABELLA SALAVERRY

Nunca pensó que llegaría ese día. Siempre se preció de su prolijidad, de su extrema higiene, de su compulsión por la pulcritud, de su afán por mantener su entorno impoluto. Pero las costumbres a veces se ponen patas para arriba, y lo que es blanco se vuelve negro, lo amarillo azul, y lo limpio...

Bueno, el asunto es que en su universo cotidiano de cloro y desinfectantes un buen día se le ocurrió irrumpir a un virus. De nombre extraño. Aludía a la realeza, al sufrimiento de Cristo. Corona de oro, corona de espinas; pero su esencia una corona de lípidos: coronavirus. El único remedio en la lucha sin cuartel que se estableció entre humanos y virus: la limpieza.

Así que quintuplicó la cantidad de cloro, añadió desinfectante con grado hospitalario, alcohol en gel y del otro color de cielo, se armó de guantes quirúrgicos y comenzó: manijas, apagadores, baños, espejos, pisos, lámparas, sillones, puertas, cristales, cielorrasos, paredes. Nada se libró. Nada apaciguó su accionar vandálico contra el intruso.

Las horas del primer día pasaron casi sin hacer ruido y, cuando se percató, dormía el crepúsculo y jella no se había bañado! El sol apenas una línea de luz en el horizonte. Ya la tarde noche se había enfriado. Igual se decidió por la ducha.

El amanecer la despertó con un golpe de brillo en la vidriera. La noche anterior se lo habían reiterado los noticieros. Ninguno falló. Se orquestaron y clamaron. ¡Lavado de manos y lavado de almas!

Malamente se cubrió con un jeans viejo y una camiseta y corrió al súper. El cloro agotado en su casa y de él dependía la vida, el futuro y la paz mundial, según declaraciones

de la prensa escrita, la televisión y la radio. Llegó, irrumpió y se acercó al anaquel casi vacío. A punto de asir la última garrafa del preciado líquido, una mano intrusa se la arrebató. Después de la mano, un brazo, luego un hombro, un cuello y una cabeza iracunda de cuya boca emanaba un grito de guerra: ¡ES MÍA! Trató de forcejear, pero la furia envuelta en bata de dormir medio raída ganó. Regresó a la casa con el ánimo y el orgullo maltrechos. Preocupada, sin el líquido salvador tendría que duplicar esfuerzos.

Igual dedicó sus afanes al aseo. Lavó cada rincón de la casa, la terraza cayó bajo su embestida, las ventanas, los vidrios con alcohol y los marcos con agua oxigenada. Cuando tomó conciencia del tiempo eran las once de la noche y ella nada. Sin bañarse. Un tanto avergonzada por el descuido y bueno, será mañana.

Así pasaron dos, diez quince hasta extraviar los días, las duchas y la desinfección

personal. Se juntaron días con noches, mañanas con tardes, semanas con meses y perdió la cuenta de cuándo se había bañado y cuándo no. Ganaron los cuándo no. Incontables. Ella un amasijo de sudores, costras y parásitos, pero su casa refulgía. El virus no había logrado coronarla. Su casa a salvo.

Pero ella...

En el quirófano no consiguieron vencer la corteza de mugre que la ahogaba.

26 de marzo, 2020.

LA CASA COVIDIANA DE ASTERIÓN

ALÍ VÍQUEZ

—¿Lo creerás, Ariadna? —dijo Teseo—.
El Minotauro también está en aislamiento.

ACERCA DE LAS AUTORAS Y LOS AUTORES

DAVID DÍAZ ARIAS, Ph.D. en Historia por Indiana University (Estados Unidos) y catedrático en la Universidad de Costa Rica. Ha publicado diversos trabajos sobre la historia de Centroamérica y Costa Rica, ensayos sobre ciencia ficción latinoamericana, centroamericana y costarricense, y algunos relatos de ese género. Correo electrónico: david.diaz@ucr.ac.cr

ELIZABETH JIMÉNEZ NÚÑEZ, escritora y abogada costarricense, con especialidad en Derecho Notarial y Registral. Egresada de la Maestría de Derecho Público de la Universidad de Costa Rica. Dedicar parte su tiempo a proyectos de escritura creativa, narrativa y artes plásticas. Es autora del libro *Los pasos rojos* (2017).

XIMENA MIRANDA tiene una Maestría en Biología de la Universidad de Costa Rica, con una especialidad en comportamiento de insectos y una Maestría en Educación de la Universidad de Harvard. Autora

de varios estudios científicos en los campos de su especialidad. Recientemente ha incursionado en la publicación de relatos de ciencia ficción.

IVÁN MOLINA JIMÉNEZ (1961) tiene una Maestría en Historia de la Universidad de Costa Rica (1984). Es autor de numerosos estudios sobre el pasado costarricense, en particular, y centroamericano, en general. En el campo de la narrativa ha publicado la novela *Cundila* (2002), varios libros de cuentos de ciencia ficción y relatos de este mismo género en antologías costarricenses y extranjeras. Correo electrónico: ivanm2001@hotmail.com

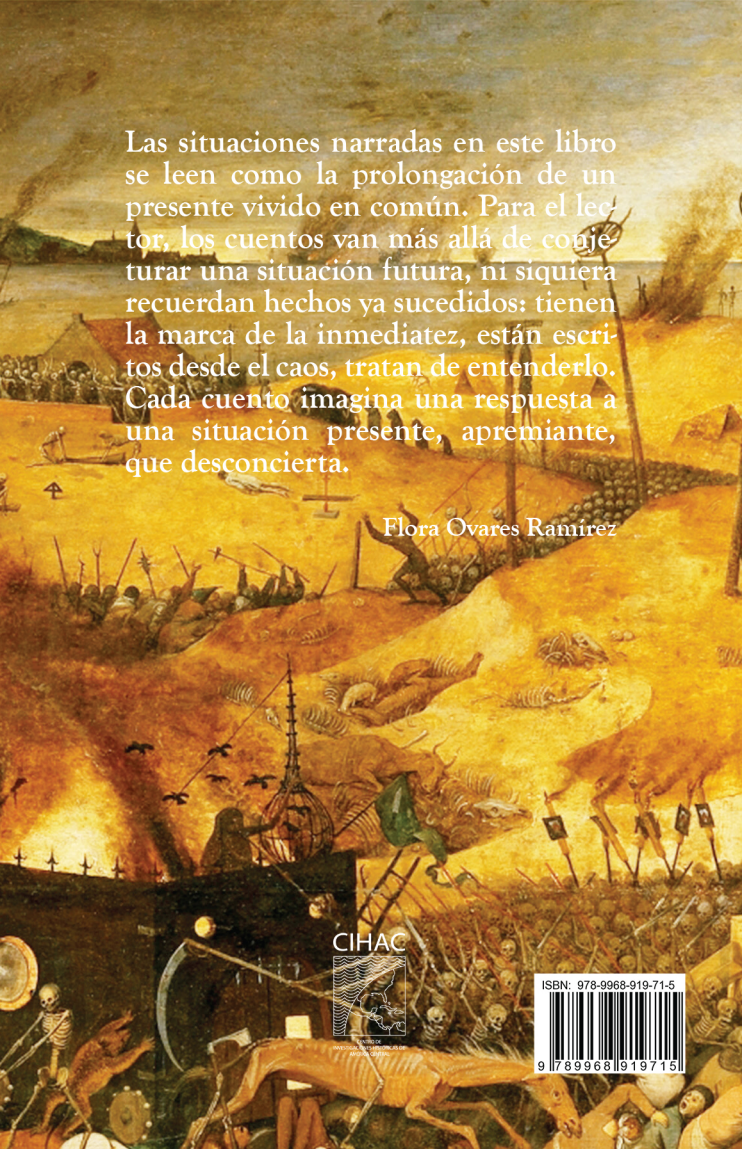
URIEL QUESADA tiene una maestría en literatura latinoamericana de New Mexico State University, y un doctorado de Tulane University. Vive en la ciudad de New Orleans, donde se desempeña como decano de la Facultad de Ciencias y Letras de Loyola University. Es autor de doce libros. Sus más recientes publicaciones son *La invención y el olvido* (cuento, 2018) y el volumen colectivo de ensayos *El mundo era otro. Cartas sobre el proceso electoral del 2018*.

ANACRISTINA ROSSI es una escritora costarricense con una amplia producción narrativa, en la que destacan las novelas *María la noche* (1985), traducida al francés y publicada en Francia en 1997; *La loca de Gandoca* (1992); *Limón blues* (2002), que obtuvo en el 2004 el Premio Latinoamericano de Narrativa José

María Arguedas otorgado por Casa de las Américas, *Limón reggae* (2007), cuya versión en italiano fue impresa en el año 2010, *La romana indómita* (2016) y *Tocar a Diana* (2019).

ARABELLA SALAVERRY. Escritora y actriz. Premio Nacional de Literatura Aquileo J. Echeverría 2016 y 2019. Su amplia producción incluye: *El sitio de Ariadna*, novela; *Impúdicas* e *Infidelicias*, cuento. Poemarios: *Llueven pájaros*, *Erótica*, *Continuidad del aire*, *Violenta piel*, *Dónde estás Puerto Limón*, *Chicas malas*, *Breviario del deseo esquivo*, *Arborescencias*. Trabaja en producción, dirección y actuación para radio, cine y televisión. Correo electrónico: arabella.salaverri@gmail.com

ALÍ VÍQUEZ (Heredia, 1966) es escritor, profesor e investigador de literatura. Dicta en la Escuela de Filología de la Universidad de Costa Rica cursos de literatura española y universal y actualmente dirige el Departamento de Literatura. Ha escrito en los géneros de novela, cuento, poesía, ensayo y decenas de artículos académicos; es autor de diez libros, entre los cuales destaca *El fuego cuando te quema*, novela que recibió el Premio Nacional Aquileo J. Echeverría 2015.



Las situaciones narradas en este libro se leen como la prolongación de un presente vivido en común. Para el lector, los cuentos van más allá de conjeturar una situación futura, ni siquiera recuerdan hechos ya sucedidos: tienen la marca de la inmediatez, están escritos desde el caos, tratan de entenderlo. Cada cuento imagina una respuesta a una situación presente, apremiante, que desconcierta.

Flora Ovarés Ramírez

CIHAC



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES Y HISTORIA DE AMÉRICA CENTRAL

ISBN: 978-9968-919-71-5



9 789968 919715